¿Qué está pasando con la TV pública en el mundo?

ATC NO ESTA SOLA

El presidente Carlos Menem anunció hace pocos días su intención de privatizar Argentina Televisora Color, el único canal que queda en manos del Estado. ¿Es que este país ya no precisa una emisora pública? Aun más: ¿para qué sirve la televisión pública? Para responder a estas preguntas, trazar paralelos y pensar una cuestión que sigue sin debatirse, resulta instructivo repasar la situación de los principales canales de televisión estatales del Primer Mundo. ¿Cómo compiten? ¿Quién los maneja? ¿Qué quedó en manos privadas? ¿Con qué criterios fijan su programación? Un panorama desde el puente, especialmente dedicado a Gerardo Sofovich, que ahora la mira por TV.



FUTURO

La crisis n

LO QUE

Por Claudia Pasquini

Para qué sirve un canal de televisión público? ¿Hace falta hoy en día? ¿Cuáles son sus funciones? La respuesta a estas preguntas, que parecerían tan sencillas y elementales, son el quid de una cuestión que, en la Argentina, sigue sin resolverse. Hace pocos días renunció el último interventor de Argentina Televisora Color (ATC), Gerardo Sofovich, el milésimo funcionario que, en lo que va del regreso a la democracia, impuso su ley y sus criterios personales, sobre un canal que —al menos teóricamente— nos representa a todos. Trascartón, el presidente Carlos Menem anunció su intención de privatizar ATC. En menos de 10 años el Estado pasaría así de poseer cuatro canales propios a no tener absolutamente ninguno. ¿Signo de los tiempos?

El fin de siglo encuentra a casi todas las grandes cadenas de televisión pública de Occidente tratando de encontrar una salida a la crisis que —por motivos que van desde lo ideológico a lo meramente económico— las puso al borde de la muerte, por asfixia o extinción. Hasta los años 80, había sólo dos grandes modelos de televisión: el modelo comercial del liberalismo norteamericano y el modelo de servicio público de los Estados europeos. Hoy ambos están en crisis.

Las televisoras públicas europeas, surgidas en la posguerra como una herramienta más para volver a homogeneizar a esas sociedades quebradas y divididas por el conflicto bélico, no tenían objetivos comerciales sino que eran un servicio más —como la educación, como la salud— de los múltiples que por entonces prestaba el Estado a sus ciudadanos.

Durante un cuarto de siglo, crecieron y se desarrollaron grandes emisoras de televisión pública que se convirtieron en modelo para los países del Tercer Mundo: la BBC en Gran Bretaña, la TF en Francia, la RAI en Italia, TVE en España. Pero las pesadas estructuras de semejantes gigantes no alcanzaron a reaccionar al ritmo que exigían los cambios de la sociedad posmoderna. ¿Cuáles fueron estos cambios?

En lo político, la instalación definitiva de la democracia capitalista, la muerte de las ideologías proestatistas y el auge del neoliberalismo, defensor de la ley del mercado que, en el plano estrictamente audiovisual, promueve que la radiodifusión quede en manos privadas. En lo técnico, la multiplicación de medios y canales, que dispersa las fuentes de emisión a un límite antes impensable. Primero el video y la comunicación satelital y luego la fibra óptica, los cables, y últimamente la compresión digital, han convertido al planeta en un espacio único, en el que las fronteras nacionales y políticas terminarán resultando un recuerdo del pasado. Pero el cambio más importante es, sin duda, social: hay millones de individuos educados tanto o más por la televisión que por sus padres y maestros, que exigen cada vez más y mejores imágenes. Ellos son los destinatarios del mercado de tecnología doméstica (controles remotos, cables, videos, pay-per-view, codificadas), cada vez menos dispuestos a recibir un único mensaje, provenga de donde provenga. Diversidad y fragmentación son las grandes consignas del momento.

Achanchadas por la costumbre monopólica, permanentemente utilizadas por el poder político (que aquí, allí y en todas partes insiste en confundir televisión estatal con televisión gubernamental), con una estructura burocrática cada vez más pesada y objetivos culturales que se iban desdibujando por la necesidad de disminuir el déficit presupuestario, las grandes cadenas europeas sucumbieron en los años 80 a la ola privatizadora que arrasó al mundo entero. Gobiernos indistintamente socialistas o conservadores empezaron a recortar y parcelar el espacio audiovisual controlado por el Estado y lo entregaron a consorcios particulares que —otro signo de los tiempos— empezaron a aliarse para formar pulpos cada vez más poderosos. Hoy un Silvio Berlusconi o un Ted Turner tienen casi el mismo rango que un jefe de Estado.

Las grandes cadenas del Viejo Continente enfrentan además el nuevo desafío de adaptar su funcionamiento y normativa a los estatutos de la Comunidad Europea, ahora que la reunificación es un hecho. No son problemas menores: se trata de lidiar con cuestiones tan disímiles como la limitación publicitaria (diez minutos por hora), los criterios de programación (desde la estricta legislación británica a la laxitud de los italianos), los porcentajes de producción europea (60 por ciento establecido), las diferencias lingüísticas, el subtitulado, la coproducción... ¿Podrán las televisoras estatales adecuar sus reflejos a todos estos cambios? ¿Encontrarán maneras conjuntas de afrontarlos? ¿O una vez más le cederán la delantera a los privados, que a paso acelerado cierran todos los días nuevos acuerdos de joint ventures?

ITALIA: LA MAMMA RAI

Creada tras la Segunda Guerra Mundial como un arma más del renaciente Estado italiano, la RAI fue primero monopolio radial y a partir de 1956, monopolio televisivo. Durante 14 años fue dueña y señora de todas las ondas que surcaban la península, según el credo del servicio público, que se sostenía con el canon de los abonados. En 1975, se dio el primer paso hacia la liberalización, cuando una nueva ley orgánica de radiodifusión autorizó las transmisiones privadas por cable monocanal. Recién en 1985 se autorizó la existencia de cadenas nacionales privadas: Italia llegó a tener el mayor número de emisoras locales (alrededor de 1300) en la historia de la TV mundial, según la densidad y extensión del país. Pero casi todas terminaron bajo control directo o indirecto de la Fininvest, una sociedad creada y gestionada por la familia del magnate Silvio Berlusconi.

Puesta ante la necesidad de competir con los tres nuevos canales privados (Canal 5, Italia 1 y Rete 4), la RAI no sólo no mejoró sino que profundizó su crisis. La gran televisora italiana es el ejemplo más evidente de manipulación política: la ley del '75 le quitó el control al Poder Ejecutivo para dárselo al Parlamento, pero aun así, desde entonces, los partidos de la oposición siguen acusando invariablemente al gobierno de turno (demócristiano o socialista, según la temporada) de aprovecharse de la red pública de televisión, "loteándola" con los partidos aliados. Una planta de empleados sobredimensionada (según las denuncias, por favores políticos), la necesidad de convertirse en vocero del poder, pero sobre todo la incapacidad de reelaborar el significado del "servicio público" en los tiempos que corren, conmovieron las bases de una de las televisoras más famosas de Occidente.

En los primeros años subsiguientes a la privatización, la respuesta de la RAI fue copiar, y en ciertos casos profundizar, las recetas de programación de Berlusconi. Florecieron los "telequiz", los programas de entretenimientos en los que lo más importante son los auspicios publicitarios; y se impuso la fórmula del "videoshock", consistente en escandalizar a cualquier precio (strip tease, reportajes que terminaban con puteadas, una carrera para arrebatarle estrellas a la competencia), combinada con telenovelas latinoamericanas, de bajo costo y mucho impacto popular. Como era de esperar, la RAI perdió la batalla en todos los frentes: por entonces el canal de Berlusconi llegó a arrebatarle hasta un 70 por ciento del mercado publicitario.

Recién hacia fines de la década del 80, la RAI empezó a replantear su estrategia y optó por la diferenciación. Su nueva fórmula fue bautizada "La TV inteligente". Volvió a los documentales, la información y la cultura. Su estrategia actual es lograr un nuevo acercamiento al público, que en muchos casos deriva rápidamente hacia el populismo franco y llano. "La tele-verdad" es su último invento: programas sobre historias reales que mezclan el documentalismo con la crónica policial, el testimonio social y cierto sensacionalismo.

Por lo demás, la convivencia con Berlusconi se ha tranquilizado en la medida en que los perfiles de todos los canales (privados y públicos) fueron especializándose en públicos diferentes (jóvenes, familia, infantiles, mujeres, etc.). Una tendencia a la segmentación que se está reproduciendo, por lo demás, en las principales industrias televisivas del mundo.

Pero sobre todo, la RAI asume el papel de agencia nacional para la innovación tecnológica en el campo de las comunicaciones. Así, mientras las cadenas privadas siguen empeñadas en el tradicional ciclo cortoplacista de aumentar el rating para alimentar a sus anunciantes publicitarios, la cadena pública se plantea objetivos estratégicos de mediano plazo en el campo de los nuevos servicios tecnológicos, como el teletexto, la alta definición y la televisión vía satélite.

Con motivo del Quinto Centenario, precisamente, la RAI acaba de inaugurar RAIAMERICA, un servicio de televisión satelital que llega directamente a los hogares de este continente que tengan su antena parabólica orientada. Pero el negocio más redituable por el momento (la RAIAMERICA empezará su expansión real en el '93) es el del Televideo, un servicio de teletext que utilizan ya 4 millones de televisores y que incluye: informaciones periodísticas producidas por la redacción de la RAI, datos de organismos locales (como ministerios, ferrocarriles, Bolsa de Valores, etc.), y un telesoftware que consiste en la transmisión de programas o datos para ordenador dotados de una apropiada interfase. Esto significa que, además de sus tradicionales funciones de radiodifusora audiovisual, la RAI se ha convertido en "carrier", es decir en transporte de señales de telecomunicaciones para terceras partes que pagan un abono para transmitir sus propios datos, como por ejemplo la Bolsa de Milán que emite a través del televideo las cotizaciones de las acciones y de los títulos financieros a los operadores, bancos y demás entidades interesadas. Este nuevo servicio de la RAI, según opinan los expertos en el ramo, podría ser la gallina de los huevos de oro de los años 90. O al menos una vía alterna-

La crisis mundial de la TV pública

LO QUE EL MERCADO SE LLEVO

Por Claudia Pasquini

Para qué sirve un canal de televisión público? ¿Hace falta hoy en día? ¿Cuáles son sus funciones? La respuesta a estas preguntas, que parecerían tan sencillas y elementales, son el quid de una cuestión que, en la Argentina, sigue sin resolverse. Hace pocos días renunció el último interventor de Argentina Televisora Color (ATC), Gerardo Sofovich, el milésimo funcionario que, en lo que va del regreso a la democracia, impuso su ley y sus criterios personales, sobre un canal que —al menos teóricamente— nos representa a todos. Trascartón, el presidente Carlos Menem anunció su intención de privatizar ATC. En menos de 10 años el Estado pasaría así de poseer cuatro canales propios a no tener absolutamente ninguno. ¿Signo de los tiempos?

El fin de siglo encuentra a casi todas las grandes cadenas de televisión pública de Occidente tratando de encontrar una salida a la crisis que —por motivos que van desde lo ideológico a lo meramente económico— las puso al borde de la muerte, por asfixia o extinción. Hasta los años 80, había sólo dos grandes modelos de televisión: el modelo comercial del liberalismo norteamericano y el modelo de servicio público de los Estados europeos. Hoy ambos están en crisis.

Las televisoras públicas europeas, surgidas en la posguerra como una herramienta más para volver a homogeneizar a esas sociedades quebradas y divididas por el conflicto bélico, no tenían objetivos comerciales sino que eran un servicio más —como la educación, como la salud— de los múltiples que por entonces prestaba el Estado a sus ciudadanos.

Durante un cuarto de siglo, crecieron y se desarrollaron grandes emisoras de televisión pública que se convirtieron en modelo para los países del Tercer Mundo: la BBC en Gran Bretaña, la TF en Francia, la RAI en Italia, TVE en España. Pero las pesadas estructuras de semejantes gigantes no alcanzaron a reaccionar al ritmo que exigían los cambios de la sociedad posmoderna. ¿Cuáles fueron estos cambios?

En lo político, la instalación definitiva de la democracia capitalista, la muerte de las ideologías proestatistas y el auge del neoliberalismo, defensor de la ley del mercado que, en el plano estrictamente audiovisual, promueve que la radiodifusión quede en manos privadas. En lo técnico, la multiplicación de medios y canales, que dispersa las fuentes de emisión a un límite antes impensable. Primero el video y la comunicación satelital y luego la fibra óptica, los cables, y últimamente la compresión digital, han convertido al planeta en un espacio único, en el que las fronteras nacionales y políticas terminarán resultando un recuerdo del pasado. Pero el cambio más importante es, sin duda, social: hay millones de individuos educados tanto o más por la televisión que por sus padres y maestros, que exigen cada vez más y mejores imágenes. Ellos son los destinatarios del mercado de tecnología doméstica (controles remotos, cables, videos, pay-per-view, codificadas), cada vez menos dispuestos a recibir un único mensaje, provenga de donde provenga. Diversidad y fragmentación son las grandes consignas del momento.

Achanchadas por la costumbre monopólica, permanentemente utilizadas por el poder político (que aquí, allí y en todas partes insiste en confundir televisión estatal con televisión gubernamental), con una estructura burocrática cada vez más pesada y objetivos culturales que se iban desdibujando por la necesidad de disminuir el déficit presupuestario, las grandes cadenas europeas sucumbieron en los años 80 a la ola privatizadora que arrasó al mundo entero. Gobiernos indistintamente socialistas o conservadores empezaron a recortar y parcelar el espacio audiovisual controlado por el Estado y lo entregaron a consorcios particulares que —otro signo de los tiempos— empezaron a aliarse para formar pulpos cada vez más poderosos. Hoy un Silvio Berlusconi o un Ted Turner tienen casi el mismo rango que un jefe de Estado.

Las grandes cadenas del Viejo Continente enfrentan además el nuevo desafío de adaptar su funcionamiento y normativa a los estatutos de la Comunidad Europea, ahora que la reunificación es un hecho. No son problemas menores: se trata de lidiar con cuestiones tan disímiles como la limitación publicitaria (diez minutos por hora), los criterios de programación (desde la estricta legislación británica a la laxitud de los italianos), los porcentajes de producción europea (60 por ciento establecido), las diferencias lingüísticas, el subtitulado, la coproducción... ¿Podrán las televisoras estatales adecuar sus reflejos a todos estos cambios? ¿Encontrarán maneras conjuntas de afrontarlos? ¿O una vez más le cederán la delantera a los privados, que a paso acelerado cierran todos los días nuevos acuerdos de joint ventures?

ITALIA: LA MAMMA RAI

Creada tras la Segunda Guerra Mundial como un arma más del renaciente Estado italiano, la RAI fue primero monopolio radial y a partir de 1956, monopolio televisivo. Durante 14 años fue dueña y señora de todas las ondas que surcaban la península, según el credo del servicio público, que se sostenía con el canon de los abonados. En 1975, se dio el primer paso hacia la liberalización, cuando una nueva ley orgánica de radiodifusión autorizó las transmisiones privadas por cable monocanal. Recién en 1985 se autorizó la existencia de cadenas nacionales privadas: Italia llegó a tener el mayor número de emisoras locales (alrededor de 1300) en la historia de la TV mundial, según la densidad y extensión del país. Pero casi todas terminaron bajo control directo o indirecto de la Fininvest, una sociedad creada y gestionada por la familia del magnate Silvio Berlusconi.

Puesta ante la necesidad de competir con los tres nuevos canales privados (Canal 5, Italia 1 y Rete 4), la RAI no sólo no mejoró sino que profundizó su crisis. La gran televisora italiana es el ejemplo más evidente de manipulación política: la ley del '75 le quitó el control al Poder Ejecutivo para dárselo al Parlamento, pero aun así, desde entonces, los partidos de la oposición siguen acusando invariablemente al gobierno de turno (democristiano o socialista, según la temporada) de aprovecharse de la red pública de televisión, "loteándola" con los partidos aliados. Una planta de empleados sobredimensionada (según las denuncias, por favores políticos), la necesidad de convertirse en vocero del poder, pero sobre todo la incapacidad de reelaborar el significado del "servicio público" en los tiempos que corren, conmovieron las bases de una de las televisoras más famosas de Occidente.

En los primeros años subsiguientes a la privatización, la respuesta de la RAI fue copiar, y en ciertos casos profundizar, las recetas de programación de Berlusconi. Florecieron los "telequiz", los programas de entretenimientos en los que lo más importante son los auspicios publicitarios; y se impuso la fórmula del "videoshock", consistente en escandalizar a cualquier precio (strip tease, reportajes que terminaban con puteadas, una carrera para arrebatarle estrellas a la competencia), combinada con telenovelas latinoamericanas, de bajo costo y mucho impacto popular. Como era de esperar, la RAI perdió la batalla en todos los frentes: por entonces el canal de Berlusconi llegó a arrebatarle hasta un 70 por ciento del mercado publicitario.

Recién hacia fines de la década del 80, la RAI empezó a replantear su estrategia y optó por la diferenciación. Su nueva fórmula fue bautizada "La TV inteligente". Volvió a los documentales, la información y la cultura. Su estrategia actual es lograr un nuevo acercamiento al público, que en muchos casos deriva rápidamente hacia el populismo franco y llano. "La tele-verdad" es su último invento: programas sobre historias reales que mezclan el documentalismo con la crónica policial, el testimonio social y cierto sensacionalismo.

Por lo demás, la convivencia con Berlusconi se ha tranquilizado en la medida en que los perfiles de todos los canales (privados y públicos) fueron especializándose en públicos diferentes (jóvenes, familia, infantiles, mujeres, etc.). Una tendencia a la segmentación que se está reproduciendo, por lo demás, en las principales industrias televisivas del mundo.

Pero sobre todo, la RAI asume el papel de agencia nacional para la innovación tecnológica en el campo de las comunicaciones. Así, mientras las cadenas privadas siguen empeñadas en el tradicional ciclo cortoplacista de aumentar el rating para alimentar a sus anunciantes publicitarios, la cadena pública se plantea objetivos estratégicos de mediano plazo en el campo de los nuevos servicios tecnológicos, como el teletexto, la alta definición y la televisión vía satélite.

Con motivo del Quinto Centenario, precisamente, la RAI acaba de inaugurar RAIAMERICA, un servicio de televisión satelital que llega directamente a los hogares de este continente que tengan su antena parabólica orientada. Pero el negocio más redituable por el momento (la RAIAMERICA empezará su expansión real en el '93) es el del Televideo, un servicio de teletext que utilizan ya 4 millones de televisores y que incluye: informaciones periodísticas producidas por la redacción de la RAI, datos de organismos locales (como ministerios, ferrocarriles, Bolsa de Valores, etc.), y un telesoftware que consiste en la transmisión de programas o datos para ordenador dotados de una apropiada interfase. Esto significa que, además de sus tradicionales funciones de radiodifusora audiovisual, la RAI se ha convertido en "carrier", es decir en transporte de señales de telecomunicaciones para terceras partes que pagan un abono para transmitir sus propios datos, como por ejemplo la Bolsa de Milán que emite a través del televideo las cotizaciones de las acciones y de los títulos financieros a los operadores, bancos y demás entidades interesadas. Este nuevo servicio de la RAI, según opinan los expertos en el ramo, podría ser la gallina de los huevos de oro de los años 90. O al menos una vía alternativa de crecimiento para la encerrona presupuestaria en que la ciñeron las nuevas televisoras privadas.

FRANCIA: LA OVEJA NEGRA

Curiosamente en Francia fueron los socialistas quienes más hicieron por transformar el poder omnímodo de la televisión estatal. Por lo pronto, cuando llegaron al poder en 1981 crearon una instancia de control independiente al Ejecutivo, según el concepto de que la Televisión Française (TF) dejaría de ser la voz de Francia para convertirse en el foro público donde cualquiera pudiera expresarse libremente. El cambio fue notable, sobre todo en el plano de la información: los políticos tuvieron que aprender a convivir con los cuestionamientos de la opinión pública, las críticas de la oposición, los pedidos de cuentas y las preguntas delicadas disparadas a toda hora desde los medios estatales.

El segundo gran cambio, también llevado adelante por François Mitterrand, fue la creación de tres nuevos canales privados que rompieron el monopolio estatal de la TF. El primero fue el famoso Canal Plus, en el '84, que es hoy en día uno de los canales pagos más importantes del mundo. Luego vinieron dos canales abiertos: primero, France Cinq (1986), que tras un larguísimo debate quedó en manos de un consorcio formado por el parlamentario conservador Robert Hersant (propietario del 20 por ciento de la prensa regional y del 40 por ciento de la nacional), asociado con Silvio Berlusconi y el empresario socialista francés J. Seydoux. Más tarde, TV6, entregada al grupo Metropol, que hasta entonces sólo emitía videoclips musicales. Una vez que los socialistas entreabrieron la puerta, los conservadores dieron una patada para tirarla abajo: en el '87 forzaron la privatización de TF1, uno de los canales estatales más prestigiosos de la televisión francesa.

La licencia de explotación de la TF1 fue adquirida por Francis Bouygues, el mayor magnate mundial de la construcción (cuyo principal cliente era curiosamente el propio Estado francés) que decidió lanzarse al mundo de la comunicación, como una inversión política y empresarial, más que financiera, visto que el volumen de negocios del canal no representaba ni un 10 por ciento del volumen total de sus negocios.

La TF1 es un contraejemplo de aquella ley no escrita que dice que privatización significa, necesariamente, convertir la programación en un espacio que se vende al mejor postor (publicitario). La TF1 se convirtió en una extraña mezcla de canal privado de servicio público, que nunca sacrificó los programas culturales ni la innovación. Así, por ejemplo, creó una emisión literaria ("Ex libris") a cargo del famoso crítico Patrick Poivre d'Arvor, difundió el primer gran documental televisivo sobre masonería, emitió la revulsiva *Shoah* de Jacques Lanzmann y el film dirigido por el escritor Hervé Guibert sobre su lucha contra el SIDA, amén de continuar los debates políticos y los grandes reportajes, que ni quitaron ni agregaron espacio a programas más comerciales (como el ya inevitable de juegos y entretenimientos titulado "El precio justo").

Esta "originalidad" tiene su raíz en cierta tradición francesa que sigue considerando —tanto a izquierda como a derecha— casi como una obsesión, la necesidad de mantener el nivel cultural de la televisión. Tanto sus pares italiana como norteamericana son sinónimos de aculturación, envilecimiento o brutalización. A punto tal que, como una metáfora de estilo, el canal de Berlusconi terminó fracasando y en esa misma frecuencia, desde hace un par de meses, está emitiéndose "Arte", una cadena europea dedicada pura y exclusivamente a producciones de cultura de altísimo nivel.

GRAN BRETAÑA: EL ABC DE BBC

Paradójicamente Gran Bretaña fue simultáneamente cuna y sede mundial de la ola neoliberal (con Mrs. Thatcher a la cabeza) y de la mayor cadena de televisión pública del mundo. Pese a todas sus dificultades la BBC sigue siendo aún hoy sinónimo de calidad y de todo lo que puede hacer un verdadero servicio público de radiodifusión.

En Inglaterra no hay canales puramente comerciales tal y como se los entiende en el estilo norteamericano, sino que hasta el momento incluso los privados (la ITV, Channel Four) están bajo el control del Estado. Tanto los dos canales de la BBC (considerados estrictamente de "servicio público") como los de la ITV (comerciales pero bajo la supervisión de la autoridad pública) y el Channel Four (creado en 1980, con el objetivo explícito de atender al público minoritario) deben cumplir ciertas normas, no sólo técnicas, sino también culturales y sociales fijadas por el Estado. Por lo pronto, adaptarse a la llamada "Family Viewing Policy" (Política de consumo familiar televisivo), que considera a la familia como causa y agente principal de socialización. Esta política le atribuye a la televisión una función pedagógica: la programación no debe adaptarse al público sino el público a la televisión, pensada para mejorar su nivel informativo y cultural.

Los cuatro canales que existen hasta ahora se han ido modelando en la complementariedad, en parte a través del ajuste recíproco y en parte a través del control ejercido por las autoridades por medio del Idependent Broadcasting Authority, que acaba de transformarse, con poderes recortados, en un programador central ("Central Scheduler").

BBC 1 e ITV se dirigen a las mayorías, mientras BBC 2 y Channel Four a las minorías. En todos es altísimo el porcentaje dedicado a los programas de noticias e información (más de un 30 por ciento del total). La audiencia no siempre responde a los canales públicos: la BBC capta actualmente alrededor del 30 por ciento de los televidentes. Pero sigue sin tener publicidad (cuya introducción fue severamente desaconsejada por un informe encargado en el '86. "Report of the Committee on Financing the BBC"). Paulatinamente la BBC va adoptando en cambio una fórmula introducida por el Channel Four que desde el comienzo tuvo una estructura muy pequeña y prefirió comprar y apoyar el material de pequeñas productoras independientes. Eludió así los enormes costos de encarar producciones propias y también el esclavismo de los grandes traficantes de enlatados. Hoy la BBC compra un 25 por ciento de producción independiente.

En la televisión británica existe una verdadera cultura de la imagen. No hay temor a la innovación y la vanguardia (hay ciclos enteros dedicados por ejemplo a la videografía, el ordenador, la alta definición, las nuevas tendencias, etc.) a la vez que programas imposibles de ver en otro lugar del mundo: desde una revisión de la cinegrafía de Peter Greenaway (en BBC 2) hasta un ciclo dedicado al centenario de Mozart, en el que directores de diverso cuño narraron su propia versión de la vida del compositor, con técnicas que abarcaban desde el videoclip hasta la alta definición.

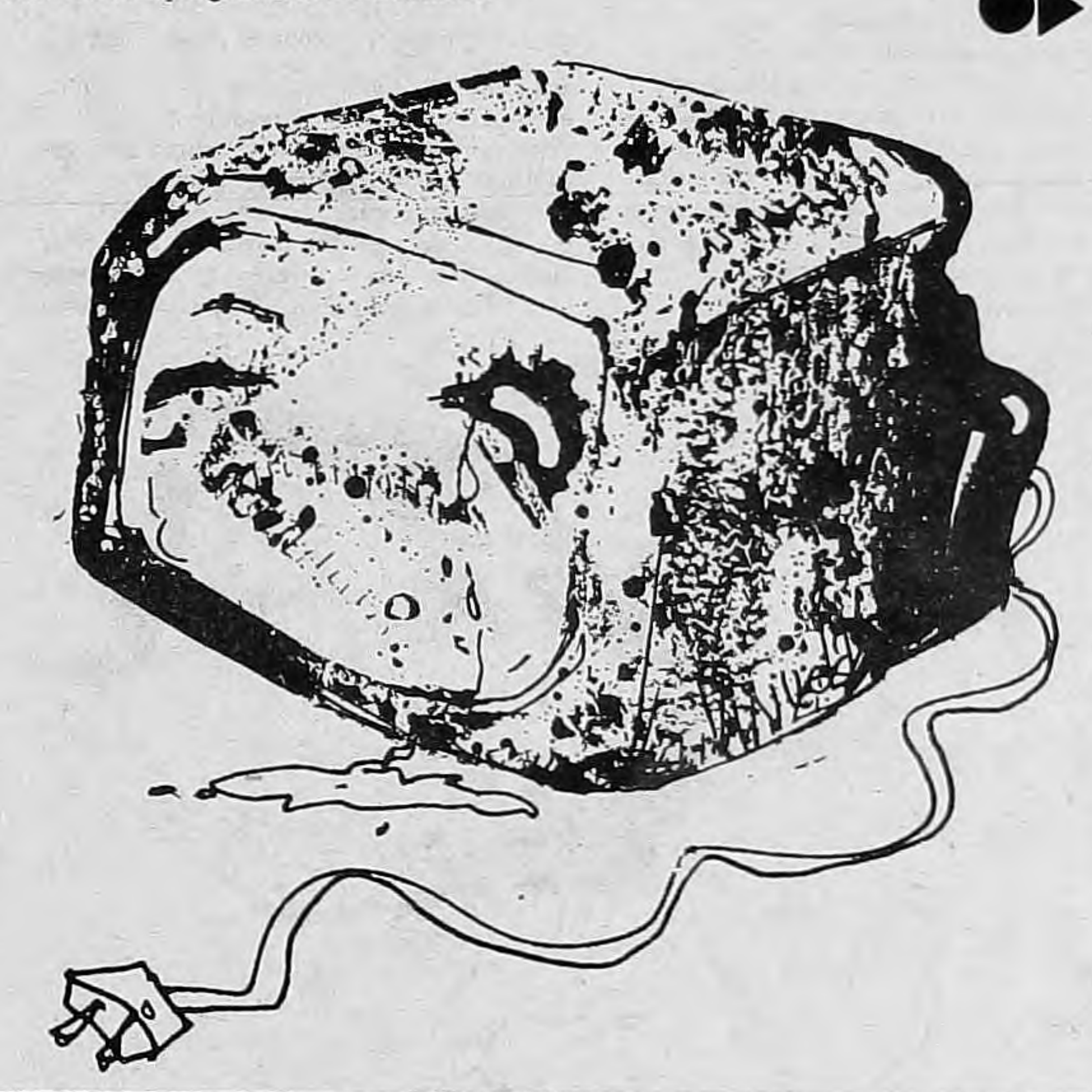
Es éste un momento de cambio e incertidumbre en la TV británica. Se acaban de renovar los licenciatarios de los canales privados, que asumirán en 1993. Y éste es sólo el comienzo de los cambios: para el '94 está prevista la creación del Channel Five (que sería, en principio, de neto corte regional) y en el '96 se rediscutirá el estatuto de la propia BBC.

EE.UU.: NO SE SALVA NI BIG BIRD

A la Public Broadcasting Service (PBS), la única red de televisión estatal que existe en Estados Unidos, se la cuestiona exactamente por los motivos inversos que a la argentina ATC. Su programación es demasiado innovadora, demasiado atrevida, demasiado izquierdista, insisten en acusar los sectores conservadores. La TV estatal debe ser el lugar de la libre expresión, el refugio para todo aquello que no tiene espacio en los medios comerciales, arguyen en cambio los defensores de esta pequeñísima red que está bien lejos de competir con las gigantescas "network" norteamericanas.

Durante los últimos dos años, los republicanos apuntaron sistemáticamente contra los programas con más repercusión de la PBS. El más escandaloso de los cuales fue, sin duda, "P.O.V." ("Point of view": Punto de vista). Los capítulos más cuestionados fueron: "Tongues Untied", un videopoema de Marlon Riggs sobre la identidad gay en los sectores afroamericanos (que fue rechazado por 80 canales y transmitido en otros 120 de la red PBS); "Stop the Church", un documental sobre la irrupción en una misa por un grupo de activistas contra el SIDA. Paradójicamente, el entonces precandidato presidencial republicano, Patrick Buchanan, apuntaba todos sus cañones contra George Bush acusándolo de permitir que la TV pública reprodujera "arte pornográfico y blasfemo". Bush por cierto tenía poco que ver con esto: la legislación norteamericana le reserva a los organismos del Estado (particularmente a la famosa FCC, que es la paralela a la argentina Secretaría de Comunicaciones) un papel en la regulación técnica más que moral de la programación. Y, por lo demás, "Tongues Untied" recibió sólo un 17 por ciento de su presupuesto total de los fondos públicos; el resto venía de corporaciones y aportes individuales.

Pocos meses después, el senador republi-



undial de la TV pública

E EL MERCADO SE LLEVO

tiva de crecimiento para la encerrona presupuestaria en que la ciñeron las nuevas televisoras privadas.

FRANCIA: LA OVEJA NEGRA

Curiosamente en Francia fueron los socialistas quienes más hicieron por transformar el poder omnímodo de la televisión estatal. Por lo pronto, cuando llegaron al poder en 1981 crearon una instancia de control independiente al Ejecutivo, según el concepto de que la Televisión Française (TF) dejaría de ser la voz de Francia para convertirse en el foro público donde cualquiera pudiera expresarse libremente. El cambio fue notable, sobre todo en el plano de la información: los políticos tuvieron que aprender a convivir con los cuestionamientos de la opinión pública, las críticas de la oposición, los pedidos de cuentas y las preguntas delicadas disparadas a toda hora desde los medios estatales.

El segundo gran cambio, también llevado adelante por François Mitterrand, fue la creación de tres nuevos canales privados que rompieron el monopolio estatal de la TF. El primero fue el famoso Canal Plus, en el '84, que es hoy en día uno de los canales pagos más importantes del mundo. Luego vinieron dos canales abiertos: primero, France Cinq (1986), que tras un larguísimo debate quedó en manos de un consorcio formado por el parlamentario conservador Robert Hersant (propietario del 20 por ciento de la prensa regional y del 40 por ciento de la nacional), asociado con Silvio Berlusconi y el empresario socialista francés J. Seydoux. Más tarde, TV6, entregada al grupo Metropol, que hasta entonces sólo emitía videoclips musicales. Una vez que los socialistas entreabrieron la puerta, los conservadores dieron una patada para tirarla abajo: en el '87 forzaron la privatización de TF1, uno de los canales estatales más prestigiosos de la televisión francesa.

La licencia de explotación de la TF1 fue adquirida por Francis Bouygues, el mayor magnate mundial de la construcción (cuyo principal cliente era curiosamente el propio Estado francés) que decidió lanzarse al mundo de la comunicación, como una inversión política y empresarial, más que financiera, visto que el volumen de negocios del canal no representaba ni un 10 por ciento del volumen total de sus negocios.

La TF1 es un contraejemplo de aquella ley no escrita que dice que privatización significa, necesariamente, convertir la programación en un espacio que se vende al mejor postor (publicitario). La TF1 se convirtió en una extraña mezcla de canal privado de servicio público, que nunca sacrificó los programas culturales ni la innovación. Así, por ejemplo, creó una emisión literaria ("Ex libris") a cargo del famoso crítico Patrick Poivre d'Arvor, difundió el primer gran documental televisivo sobre masonería, emitió la revulsiva *Shoah* de Jacques Lanzmann y el film dirigido por el escritor Hervé Guibert sobre su lucha contra el SIDA, amén de continuar los debates políticos y los grandes reportajes, que ni quitaron ni agregaron espacio a programas más comerciales (como el ya inevitable de juegos y entretenimientos titulado "El precio justo").

Esta "originalidad" tiene su raíz en cierta tradición francesa que sigue considerando —tanto a izquierda como a derecha— casi como una obsesión, la necesidad de mantener el nivel cultural de la televisión. Tanto sus pares italiana como norteamericana son sinónimos de aculturación, envilecimiento o brutalización. A punto tal que, como una metáfora de estilo, el canal de Berlusconi terminó fracasando y en esa misma frecuencia, desde hace un par de meses, está emitiéndose "Arte", una cadena europea dedicada pura y exclusivamente a producciones de cultura de altísimo nivel.

GRAN BRETAÑA: EL ABC DE BBC

Paradójicamente Gran Bretaña fue simultáneamente cuna y sede mundial de la ola neoliberal (con Mrs. Thatcher a la cabeza) y de la mayor cadena de televisión pública del mundo. Pese a todas sus dificultades la BBC sigue siendo aún hoy sinónimo de calidad y de todo lo que puede hacer un verdadero servicio público de radiodifusión.

En Inglaterra no hay canales puramente comerciales tal y como se los entiende en el estilo norteamericano, sino que hasta el momento incluso los privados (la ITV, Channel Four) están bajo el control del Estado. Tanto los dos canales de la BBC (considerados estrictamente de "servicio público") como los de la ITV (comerciales pero bajo la supervisión de la autoridad pública) y el Channel Four (creado en 1980, con el objetivo explícito de atender al público minoritario) deben cumplir ciertas normas, no sólo técnicas, sino también culturales y sociales fijadas por el Estado. Por lo pronto, adaptarse a la llamada "Family Viewing Policy" (Política de consumo familiar televisivo), que considera a la familia como causa y agente principal de socialización. Esta política le atribuye a la televisión una función pedagógica: la programación no debe adaptarse al público sino el público a la televisión, pensada para mejorar su nivel informativo y cultural.

Los cuatro canales que existen hasta ahora se han ido modelando en la complementariedad, en parte a través del ajuste recíproco y en parte a través del control ejercido por las autoridades por medio del Idependent Broadcasting Authority, que acaba de transformarse, con poderes recortados, en un programador central ("Central Scheduler").

BBC 1 e ITV se dirigen a las mayorías, mientras BBC 2 y Channel Four a las minorías. En todos es altísimo el porcentaje dedicado a los programas de noticias e información (más de un 30 por ciento del total). La audiencia no siempre responde a los canales públicos: la BBC capta actualmente alrededor del 30 por ciento de los televidentes. Pero sigue sin tener publicidad (cuya introducción fue severamente desaconsejada por un informe encargado en el '86. "Report of the Committee on Financing the BBC"). Paulatinamente la BBC va adoptando en cambio una fórmula introducida por el Channel Four que desde el comienzo tuvo una estructura muy pequeña y prefirió comprar y apoyar el material de pequeñas productoras independientes. Eludió así los enormes costos de encarar producciones propias y también el esclavismo de los grandes traficantes de enlatados. Hoy la BBC compra un 25 por ciento de producción independiente.

En la televisión británica existe una verdadera cultura de la imagen. No hay temor a la innovación y la vanguardia (hay ciclos enteros dedicados por ejemplo a la videografía, el ordenador, la alta definición, las nuevas tendencias, etc.) a la vez que programas imposibles de ver en otro lugar del mundo: desde una revisión de la cinegrafía de Peter Greenaway (en BBC 2) hasta un ciclo dedicado al centenario de Mozart, en el que directores de diverso cuño narraron su propia versión de la vida del compositor, con técnicas que abarcaban desde el videoclip hasta la alta definición.

Es éste un momento de cambio e incertidumbre en la TV británica. Se acaban de renovar los licenciatarios de los canales privados, que asumirán en 1993. Y éste es sólo el comienzo de los cambios: para el '94 está prevista la creación del Channel Five (que sería, en principio, de neto corte regional) y en el '96 se rediscutirá el estatuto de la propia BBC.

EE.UU.: NO SE SALVA NI BIG BIRD

A la Public Broadcasting Service (PBS), la única red de televisión estatal que existe en Estados Unidos, se la cuestiona exactamente por los motivos inversos que a la argentina ATC. Su programación es demasiado innovadora, demasiado atrevida, demasiado izquierdista, insisten en acusar los sectores conservadores. La TV estatal debe ser el lugar de la libre expresión, el refugio para todo aquello que no tiene espacio en los medios comerciales, arguyen en cambio los defensores de esta pequeñísima red que está bien lejos de competir con las gigantescas "network" norteamericanas.

Durante los últimos dos años, los republicanos apuntaron sistemáticamente contra los programas con más repercusión de la PBS. El más escandaloso de los cuales fue, sin duda, "P.O.V." ("Point of view": Punto de vista). Los capítulos más cuestionados fueron: "Tongues Untied", un videopoema de Marlon Riggs sobre la identidad gay en los sectores afroamericanos (que fue rechazado por 80 canales y transmitido en otros 120 de la red PBS); "Stop the Church", un documental sobre la irrupción en una misa por un grupo de activistas contra el SIDA. Paradójicamente, el entonces precandidato presidencial republicano, Patrick Buchanan, apuntaba todos sus cañones contra George Bush acusándolo de permitir que la TV pública reprodujera "arte pornográfico y blasfemo". Bush por cierto tenía poco que ver con esto: la legislación norteamericana le reserva a los organismos del Estado (particularmente a la famosa FCC, que es la paralela a la argentina Secretaría de Comunicaciones) un papel en la regulación técnica más que moral de la programación. Y, por lo demás, "Tongues Untied" recibió sólo un 17 por ciento de su presupuesto total de los fondos públicos; el resto venía de corporaciones y aportes individuales.

Pocos meses después, el senador republi-





cano John McCain de Arizona asentaba su pública protesta por otro documental de la PBS: "Maria's Story" (La historia de María), el perfil de una campesina salvadoreña que adhería a la guerrilla. Y más tarde el episodio se repetía con dos documentales de Bill Moyers sobre el affaire Irán-contras y con "Citizen Dhoruba", la historia de un "pantera negra" que terminó preso por el intento de asesinar a dos policías neoyorquinos.

Por cierto, esta insistencia en las minorías (sexuales, raciales, políticas) no es ni mera casualidad ni tampoco resultado de ninguna conspiración marxista. La Corporation Broadcasting System —que se encarga de administrar la PBS— no cumple ningún rol en la aprobación de los proyectos de programación. Para tal fin, en 1988 el Congreso creó la Independent Television Service, cuyo objetivo central es hacerles un lugar a las minorías en el canal estatal.

Robert Dole, también senador republicano del sector "moderado", se sumó al ataque contra "In the life", otro show producido por y para la comunidad homosexual: "Señor presidente —dijo entonces en el Parlamento—, ¿es ésta la clase de programas que los contribuyentes y los que pagan la televisión pública tienen en mente? Parecería que los apólogos de la red están escondidos detrás de Big Bird, Mister Rogers y 'Masterpiece Theatre', utilizándolos como pantallas de humo mientras ellos juntan fondos para los shows de gays y lesbianas".

El senador hacía referencia a los tres espacios más prestigiosos de la PBS: un ciclo de teatro británico ("Masterpiece Theatre") y los dos clásicos infantiles: "Plaza Sésamo" y su paralelo, "Mister Rogers and the Neighborhood". Pero tanto como para demostrar que la temática "risqué de la programación no era la preocupación central de los conservadores, basta ver que hasta el inocente "Plaza Sésamo" cayó en la volteada crítica. El programa del pajarraco Big Bird parecía intocable: tras 23 años de aire sostenido, es el espacio infantil más famoso del mundo. ¿Y si tiene tanto éxito por qué no pasarlo a un canal privado?, comenzaron a preguntar, ¿por qué debe seguir a cargo del Estado?

La respuesta corrió por cuenta de David Britt, presidente de Children's Television Workshop, productora de "Plaza Sésamo", quien —en un artículo aparecido en el *Miami Herald*— explicó que el programa no sólo se autofinancia desde hace 10 años, sin recibir ni un dólar del Estado norteamericano, sino que además ha llegado a convertirse en el principal soporte económico de la PBS. Un espacio así, arguyó Britt, jamás podría existir en una cadena privada: "¿Quieren hacernos creer que las cadenas comerciales apartarían cuatro o cinco horas por día, libres de publicidad, para una audiencia preescolar, la mayor parte de la cual es demasiado joven para figurar en las tablas de rating? Obviamente no pueden ni querrían". Britt concluía diciendo que el real objetivo de los enemigos de Big Bird era otro: "Cerrar totalmente la televisión pública".

Más allá del problema ideológico, lo que se discutía era dinero. Cuando la administración del presidente George Bush comenzó a declinar, irremisiblemente, los políticos republicanos se lanzaron a cazar servicios públicos, de donde hacer posibles recortes de presupuesto que contribuyeran a aliviar, siquiera de manera mínima, el déficit nacional. La Public Broadcasting Service (PBS) parecía un lugar adecuado para la tijera.

La piedra de escándalo fue la votación en el Congreso del nuevo presupuesto. La Corporación que se encarga de administrar los destinos de la PBS pidió para el trienio '93-'96 que se inicia un monto de 1100 millones de dólares del Tesoro Federal. Por cierto, no es ésta la fuente central de financiación de la red pública, cuyo presupuesto calculado en más de 1000 millones de dólares anuales se nutre de: 1) la contribución de los televidentes que acercan alrededor de un cuarto de sus fondos; 2) las corporaciones aportan el 16 por ciento del presupuesto básico de la PBS más un 27 por ciento de los costos de producción de la programación y se ven beneficiadas, a su vez, con importantes descuentos fiscales; 3) fondos federales, derivados de los impuestos a los ciudadanos a través de los gobiernos locales, estatales y federales, acercan el restante 40 por ciento.

El cambio de gobierno puso a la PBS a salvo.



SALVE ATC

Aunque el panorama de la televisión mundial está cambiando a velocidad vertiginosa, hacer este breve repaso de la situación en los principales centros del Primer Mundo, puede arrojar cierta luz sobre la cuestión de la argentina ATC. Las primeras y más obvias conclusiones están a la vista:

1) Ningún país desarrollado privatizó todos los canales de televisión.

2) Con vistas a lograr un real pluralismo, la solución adoptada en general fue pasar el control general de la TV pública al Parlamento, y el control particular a comisiones de expertos encargados de ejecutar las políticas fijadas democráticamente.

3) Canal público no significa canal oficial, ni vocero del partido mayoritario.

4) La mera lógica de la rentabilidad lleva inevitablemente a la crisis de la TV pública. Su objetivo no puede adecuarse simplemente a la ley del mercado, calculada según la regla de tres entre rating y publicidad.

5) Es falsa e ingenua la oposición entre TV pública y TV privada: ni una ni otra son buenas o malas por definición.

6) Televisión es imagen y vínculo social: ¿es posible dejar semejante responsabilidad sólo en manos de quienes pueden pagar por ello? Se plantea entonces un dilema social que un ensayista, Dominique Wolton (*Elogio del gran público*, Gedisa, 1992) puso en los siguientes términos: "¿Qué es lo que está en juego en la perspectiva de una televisión concebida como la combinación de una dimensión social y una dimensión técnica? Saber si la televisión seguirá siendo ese medio de comunicación social generalizado destinado a todos los públicos (con lo cual asume su papel fundamental de vínculo social en una sociedad de soledades organizadas) o bien se transformará en televisión fragmentada sometida al gusto de las diferentes solicitudes de los públicos solventes (con lo cual ofrecería, es verdad, a cada uno lo que desea, pero únicamente lo que desea). El reinado de la demanda contra el reinado de la oferta. El individuo o el público, ésa es la cuestión. ¿La televisión seguirá siendo un medio generalizado o un medio segmentado?"

6) La radiodifusión confluye, cada vez más, con la telecomunicación. Hay nuevas tecnologías y servicios (satélites, fibra óptica, teletexto, etc.) a explorar y explotar: y en esos nuevos campos la TV pública tienen cierta ventaja objetiva al arrancar. Está en la inteligencia, visión y eficacia de sus administradores el saber utilizarla. Esos nuevos servicios pueden convertirse en fuentes alternativas de financiación, que permitan zafar del esclavismo de los anunciantes.

7) Por último, lo que no por evidente, deja de ser fundamental: ¿quién, si no el Estado, podría cumplir funciones de servicio público en televisión? En términos concretos esto significa: privilegiar la función social por sobre la ley del mercado, dar acceso y participación no sólo a las mayorías sino también a las minorías (que por motivos sociales, ideológicos o económicos no tengan cabida en los canales privados); no subordinar la información, el entretenimiento ni la cultura a la optimización del beneficio económico; promover la experimentación y la educación; apoyar las fórmulas de producción independiente y difundir la producción nacional; defender y ampliar la libertad de expresión; descentralizar el flujo comunicativo para que la TV no siempre se emita de arriba hacia abajo y de la Capital hacia el interior...

En fin, casi todas esas tareas que ATC sigue sin cumplir.

GRAGEAS

INVESTIGACION. Con el objetivo general de promover la investigación, la formación de recursos humanos y la transferencia tecnológica a la industria y a la sociedad en áreas consideradas estratégicas para el desarrollo científico-técnico del país, la Universidad de Buenos Aires acaba de crear los Programas de Investigación en temas prioritarios. Ya se han puesto en marcha los Programas de Materiales Avanzados y Química Fina; y en los próximos días se iniciarán los programas de Tecnología en Alimentos, Biotecnología, Informática y Computación, Trabajo y Empleo, Estado y Políticas Públicas, Etica Aplicada, Desarrollo Regional, Ecotoxicología y Medio Ambiente y Producción Primaria de Alimentos. Quienes los implementaron piensan que los programas redundarán en el desarrollo y aprovechamiento de los recursos humanos y técnicos que ya tiene la Universidad, sobre la base de reorientar y apoyar los esfuerzos de sus equipos de investigación.

RESIDUOS. La posibilidad de usar bolsos de agua geológicamente aislados, localizados en lo profundo de la Tierra, como lugares de desecho para residuos nucleares, está siendo evaluada por el Instituto Científico Weizmann de Israel. La investigación se sustenta en un refinado método —medición de la concentración de helio -4 en el líquido, que es mayor cuanto más tiempo ha pasado— para averiguar la edad del agua subterránea. Esta técnica permite a los expertos evaluar si una determinada capa acuífera es antigua o reciente, distinción crítica al evaluar la seguridad de dichos sitios como potenciales depósitos de desechos nucleares. La antigüedad del agua es la constancia de que ésta se encuentra verdaderamente atrapada a más de un kilómetro por debajo de la tierra y no puede escaparse a la superficie o comunicarse a otro canal. Una fuente de agua vieja, que haya estado contenida durante millones de años, es considerada estable. El problema es que una parte del helio se pierde mientras el líquido asciende por el pozo, por cuanto al cálculo se dificulta.

PARADIGMAS. Durante el mes de enero se realizará el seminario "¿Existen los nuevos paradigmas?", un ciclo de encuentros destinados a conocer con mayor profundidad la obra de Thomas Kuhn y su concepto de paradigma y revolución científica. Durante cuatro jornadas se expondrán las perspectivas que se abren con las teorías cuántica, relativista, del caos y catástrofes, y los modelos de redes e interacciones no lineales. El curso durará cuatro jornadas y los interesados pueden comunicarse con Denise Najmanovich al teléfono 771-2676.

PROPIEDAD. El supuesto de que la innovación tecnológica es el factor que explica el fuerte aumento de la productividad en los países desarrollados es el punto de partida del libro *La asociación del saber*, que fue presentado en la SADE el pasado 1° de diciembre por Ediciones Imago Mundi. Los autores, Julio Grondona, Luis Alonso y el diputado nacional Juan José Cavallari examinan la problemática ya planteada por diversas teorías económicas, surgida del hecho de que, en las sociedades contemporáneas, la ciencia y la tecnología se hayan transformado en la principal fuerza productiva de la época, fenómeno que ha retroalimentado los conflictos acerca de la apropiación de las tecnologías. Los derechos de propiedad intelectual han devenido, de esta manera, uno de los temas candentes en el debate internacional, al punto de haber sido incluidos en las negociaciones del GATT; y lógicamente, los países centrales donde se acumula el grueso del desarrollo presionan para establecer una normativa mundial que, modificando los regímenes vigentes, les asigne el uso exclusivo de las nuevas tecnologías y, por ende, una reserva del mercado mundial para sus inversiones en este orden. Entre los países amenazados con sanciones comerciales en caso de no consentir esta modificación está la Argentina.